

Compartiré con ustedes uno de los secretos que nunca antes traté públicamente, y que era conocido sólo por unas pocas personas. Me parece que ha llegado el momento en que debe haber más conciencia acerca de un problema que a diario enfrentamos los profesores, pero que no se detecta fácilmente.

Aquí en Los Estados Unidos el National Institute of Health (Instituto Nacional de Salud) ha calculado que el quince por ciento del alumnado norteamericano carga con este problema. También un gran porcentaje de los adultos lo sufren, por eso tengo la seguridad de que no soy el único profesor adventista universitario que padece la incurable dolencia conocida como dislexia.

Si bien es cierto que por años supe que tenía un problema, no fue sino durante este año escolar que confirmé que mi dificultad era una dislexia con una disgrafía leve. La dislexia es el gran

Dios también guía a los minusválidos

Dwain L. Ford

problema que tiene una persona para usar adecuadamente el lenguaje en un nivel semejante al resto de su capacidad personal. Las personas que sufren este problema presentan síntomas variados, que trataré de explicar usando mi experiencia personal con la dislexia y la manera como ha afectado mi vida, mi carrera, y mi enseñanza.

Dificultades para la lectura

Al comienzo de mis años como alumno de escuela primaria, la profesora me llamaba siempre para hacerme leer en voz alta, porque ella pensaba que necesitaba más práctica para superar mi problema de lectura. Yo no tenía problemas con la fonética y podía pronunciar muy bien las palabras nuevas, pero mi lectura era lenta y con interrupciones y muchas veces me saltaba una palabra.

A pesar de todos los esfuerzos de mi maestra y mis años de lucha por superarme, todavía la lectura es mi gran problema. He puesto en práctica diferentes recomendaciones para lograr conseguir mayor velocidad en mi lectura, pero todavía leo un libro mediano a 20 páginas por hora. Este ritmo tan lento me produjo graves inconvenientes en mi horario de estudios secundarios y en la universidad, ya que tenía mucha lectura obligatoria para mis clases de Biblia, historia e inglés. En la actualidad, este problema limita la cantidad de publicaciones que puedo leer para mantenerme al día.

También la lectura oral me produce problemas. Durante mis años como decano académico, fue un grave problema tener la lectura bíblica durante las horas de cultura general. Procuraba leer el versículo varias veces antes de

salir de mi oficina a fin de minimizar la posibilidad de dejar fuera alguna palabra o invertir el orden de la frase. No quería que el alumnado se avergonzara de asistir a una universidad donde el decano académico tenía problemas de lectura.

Problemas de escritura

Si usted revisa mi informe escolar de la escuela primaria notará inmediatamente la fila de notas deficientes que obtuve en caligrafía, notas que contrastan enormemente con las que obtuve en las otras asignaturas. Esta fue la primera evidencia de mi disgrafía, o problema con escritura. Hasta ahora es un problema para mí a pesar de haber trabajado con ahínco para mejorar mi escritura de modo que fuese clara y legible. Me lleva el doble de tiempo que a otras personas escribir una carta de una página. Tengo que mirar cada letra mientras escribo, para tener la seguridad de que la ortografía que mi cerebro conoce es la que estoy escribiendo. También tengo que mirar atentamente cada palabra que escribo en el pizarrón. Muchas veces durante un período típico de clases tengo que borrar parte de una palabra porque omití algunas letras, o las invertí, o escribí dos veces una letra o sílaba, o añadí letras que no tenían nada que ver con la palabra. Omitir una palabra o escribirla dos veces es algo bastante común en mí.

Mis problemas con ortografía no tienen ninguna relación con la dificultad de la palabra o si conozco bien su deletreo. Algunas veces he dejado fuera una letra de mi propia firma. En la preparación de este artículo me descubrí escribiendo mal un ciento de palabras que sé muy bien cómo se escriben.

Como ya lo podrán imaginar, estos problemas de escritura redujeron mi habilidad para tomar notas en clases o en conferencias. El problema que disminuye mis habilidades de escritura también reduce enormemente mi velocidad para escribir en el computador.

Cuando trato de corregir lo que he escrito, mis dificultades de escritura y lectura se combinan. Por ejemplo, invertí el orden de las letras en una palabra importante de la página título de mi disertación doctoral, y no lo descubrí sino hasta que había entregado las copias finales y tuve que volver a entregar una página corregida.

La expresión oral

El tercer aspecto de mis impedimentos de lenguaje tienen que ver con la expresión oral. Sé perfectamente lo que quiero decir, pero a veces me cuesta decirlo. Debido a que la dislexia es hereditaria, no es una sorpresa que mi padre y algunos de mis hermanos hayan mostrado dificultades parecidas. Durante un encuentro reciente de ex alumnos, uno de los momentos de mayor risa durante el fin de semana fue cuando uno de los miembros de la clase del año 50 imitó la forma de hablar de mi padre.

Unos pocos meses atrás un amigo me entregó una publicación, de amplia circulación nacional en los medios de la iglesia adventista, que ilustraba el nivel de impacto que puede tener la dislexia en quien habla y en quienes lo escuchan. Uno de los artículos de esta publicación dejó muy claro que la dificultad que tuvo mi padre para expresar su preocupación por la conducta irreverente en los servicios religiosos fue recordado tan claramente como cuando lo dijo hace 58 años atrás.

Historia personal

Cuando era alumno de escuela primaria mi gran deseo era ser pastor, así que tomaba notas muy cuidadosas de los sermones que escuchaba en la iglesia. Cuando terminé el octavo grado ya tenía años de estar tomando nota de los sermones. A esa edad me convencí de que mis habilidades de comunicación serían un impedimento para mi éxito en el pastorado. Decidí entonces seguir los pasos de mi hermano mayor que era un médico.

En el año 1946, mientras estudiaba para alcanzar esta meta, mi profesor de química orgánica, H. F. Halenz, nos dijo, "siempre hay gran necesidad de buenos profesores". El semestre siguiente comencé a prepararme para la enseñanza. A pesar de que me había animado a entrar en la enseñanza, el mismo Dr. Halenz admitió más tarde que no se había sentido muy seguro de que yo tuviese éxito, por causa de mi bajo nivel de comunicación.

Luego de graduarme en el Emmanuel Missionary College, comencé mi carrera de profesor en nuestra escuela secundaria de Wisconsin. Allí enseñé álgebra, geometría, física, química, biología, matemática general y mecánica de automóvil. De

vez en cuando me contactaban desde alguno de nuestros colegios superiores para saber si yo tenía algún magíster y si tenía interés de enseñar a nivel universitario.

Durante una visita que el Dr. Floyd Rittenhouse hizo a nuestra escuela de Wisconsin le pedí su consejo. El doctor me animó mucho para que tomase cursos de posgrado, de modo que después de mucha oración y estudio seguí su consejo.

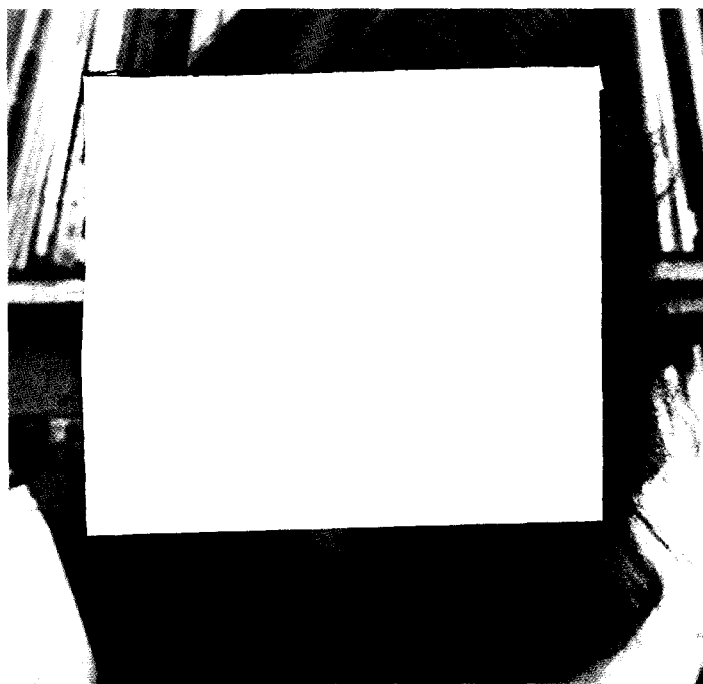
Cuando uno de mis profesores de química vio los puntajes de mi registro de exámenes de posgrado comentó: "nunca hubiese podido creer que una persona que en el examen está en el 99 percentil en química pueda estar en el percentil 1 en lectura, pero eso es lo que usted hizo". Aparentemente el National Science Foundation (Fundación Nacional para las Ciencias) miró mi puntaje de química y no el de lectura, porque me otorgó tres becas diferentes.

Tal vez usted se pregunte cómo ha sido posible que una persona con tantas desventajas a nivel del lenguaje haya podido tener éxito como profesor o como decano académico, sin mencionar siquiera el haber sido honrado por su excelencia académica. La respuesta es que Dios todavía contesta las oraciones y mantiene sus promesas.

Efectos de la dislexia

Mi limitación me ha afectado de diferentes maneras:

1. Ha suprimido definitivamente mi tendencia natural hacia el orgullo.
2. Ha aumentado mi dependencia de Dios para alcanzar mis objetivos.



3. Le ha dado más oportunidad a Dios para cumplir sus promesas en respuesta a mis oraciones.
4. Ha hecho que yo piense más en el por qué enseño y cómo puedo tener éxito a pesar de mis limitaciones.
5. Ha hecho que busque el consejo divino en cuanto a qué enseñar y cómo hacerlo.
6. Me ha hecho ser consciente que tengo que trabajar mayor número de horas que otros para lograr ciertas metas.

Me gustaría compartir con usted algunos de los consejos de Elena de White sobre educación cristiana, consejos que me han resultado muy preciosos justamente por mis limitaciones de lenguaje y mis deseos de ser un profesor eficiente.

Dios no depende de los hombres de educación perfecta....No tiene límite la utilidad de los que ponen el yo a un lado, que permiten obrar al Espíritu Santo sobre su corazón, y viven una vida completamente consagrada a Dios, recibiendo la disciplina necesaria, impuesta por el Señor, sin quejarse ni desmayar en el camino.¹

Me anima enormemente saber que Dios puede usarme bajo la orientación de su Espíritu a pesar de mis limitaciones. Siento mucha gratitud por Romanos 12:6 "Dios nos ha dado a cada uno de nosotros la habilidad para hacer ciertas cosas bien"(TLB)².

Personalmente creo que Cristo es el Maestro de los Maestros. Poner en práctica sus métodos me ofrece la mejor oportunidad para tener éxito a pesar de mis limitaciones. Su ejemplo y consejo dado en la Biblia me muestran los secretos del éxito.

La utilidad del maestro no depende tanto de su caudal de conocimientos, como de la norma que se propone alcanzar. Su vida es de un crecimiento continuo. En la obra de semejante maestro, hay una frescura, un poder vivificador que despierta e inspira a los alumnos.³

En tres de mis cursos avanzados cerca del 80 por ciento de lo que presento lo he aprendido desde que dejé la oficina de decano en 1981. He diseñado muchos de los experimentos para las clases de laboratorio a fin de investigar cuestiones para las cuales nadie tiene respuesta. Con mis alumnos compartimos el gozo de tratar de obtener las respuestas.

El profesor debe ser aquello que desea que sean sus alumnos⁴.

Con los alumnos muy sensibles y nerviosos debería proceder con mucha ternura. La sensación de sus propias imperfecciones debería inducirlo constantemente a manifestar simpatía y tolerancia hacia los que también tienen que luchar con dificultades⁵.

En estas citas, Elena de White indica que deberíamos utilizar toda oportunidad para estimular. Yo sé que son muchos los alumnos que temen matricularse en un curso de química orgánica. Por eso el primer día de clases les dejo claro mi disposición a ayudarles. Quiero que cada uno tenga éxito en el curso.

Luego de haber corregido un examen lo devuelvo a cada alumno en la siguiente clase, y reviso con ellos cada una de las preguntas en detalle. Esto les ayuda a los estudiantes a ver si tienen los antecedentes necesarios para responder a cada pregunta. Entonces animo a los que fracasaron, y les digo que todavía hay esperanza, al mismo tiempo que les doy sugerencias y ayuda. Yo sé que si un alumno sigue desanimado y se da por vencido, va a fracasar y abandonará el curso.

Cristo se percataba de las posibilidades que había en todo ser humano. No se dejaba impresionar por una apariencia poco promisoriosa o un ambiente desfavorable.⁶

(Cristo) observaba los rostros de sus oyentes, notaba cuando se iluminaban, notaba la mirada rápida y comprensiva que revelaba que la verdad había llegado al alma.⁷

Los mayores maestros son aquellos que son más pacientes y bondadosos⁸.

El maestro debe estudiar cuidadosamente la disposición y el carácter de sus alumnos, a fin de adaptar su enseñanza a sus necesidades peculiares⁹

Constantemente he tenido en mis clases alumnos que presentan síntomas de dislexia. Como sé que les toma más tiempo expresar lo que han aprendido, hago arreglos, si es necesario, para darles tiempo extra. Mi interés es calificarlos por lo que saben y no por la severidad de su dislexia. Estoy dispuesto a ayudarles a que consigan los apuntes de clases y para tomarles exámenes orales si eso es lo aconsejable.

(El maestro) también debe poseer el tacto, la habilidad, la paciencia y la firmeza que le permitirán impartir a cada uno la ayuda necesaria; a los vacilantes y amantes de la comodidad, el ánimo y la ayuda que sean un estímulo para el esfuerzo; a los desalentados, la simpatía y el aprecio que crearán confianza y así inspirarán esfuerzo¹⁰

El profesor debería orar con sus alumnos¹¹.

La gran mayoría de mis

experiencias más memorables sucedieron cuando oré con mis alumnos por su familia, o por problemas financieros, o por la elección de una carrera o del compañero de la vida, problemas con otros alumnos o con profesores, por pérdidas inesperadas, por estupro o embarazo, por sus problemas espirituales personales o académicos.

En conclusión, me gustaría compartir con usted lo que considero el desafío fundamental para los profesores. Esta declaración también nos ofrece esperanza de que tendremos éxito a pesar de nuestras limitaciones:

No creáis que vuestro trabajo como maestros ha sido hecho a menos que hayáis conducido a vuestros estudiantes a tener fe en Jesús.....¹² ☞

Este artículo tiene como base el devocional presentado por el Dr. Ford ante el personal docente de la Universidad Andrews el 27 de enero de 1991.

REFERENCIAS

1. E.G. White, *Consejos para los Maestros*, (Mountain View, Calif.: Pacific Press Publishing Assn., 1971) p. 394.
2. El versículo bíblico marcado "TLB" fue traducido de la paráfrasis bíblica *The Living Bible*, (Wheaton, Ill.: Tyndale House Publishers, 1971), usada con permiso.
3. E.G. White, *La Educación*, (ACES, Florida, Bs. As., 1974), p. 270.
4. _____, *Fundamentals of Christian Education*, (Nashville, Tenn.: Southern Publishing Assn., 1923), p. 58.
5. _____, *La Educación*, p. 284.
6. Idem. p. 227.
7. Ibidem.
8. _____, *Consejos para los Maestros*, p. 256.
9. Idem. p. 220.
10. _____, *La Educación*, p. 271.
11. _____, *Testimonies for the Church*, (Mountain View, Calif.: PPA, 1948), vol. 8, p. 61.
12. Idem. vol. 5, p. 590.